EL HOMBRE

Semanario anarquista

Editado por los Centros de Estudios Sociales

REDACCION Y ADMINISTRACION
Domingo Aramburú, 1828

AÑO I. | MONTEVIDEO, SABADO 9 DE JUNIO DE 1917 | N.º 33.

Giros y correspondencias a nombre de
CARLOS ARMELLINI

Nuestro revolucionarismo

No creaís nunca en el virtualismo de las panaceas, ni en la cualidad transformadora a plazo fijo de la humanidad. Sabed de vosotros mismos, de lo que pensais de la vida, de vuestros anhelos. Sabed ser hombres, y así llegareis a comprender cuánta altura significa comprenderse aptos para la vida libre.

La libertad, no puede ser obra que se nos ofrende, sino el fruto maduro de nuestro árbol mismo, la consecuencia de nuestra capacitación.

No habrá libertad, sino hay factores que la determinen, porque el tiempo de los milagros, de los efectos sin causa, han pasado al orden de las fantasías y de las quimeras.

Pensar en una humanidad libre, sin que los hombres se hagan antes libertarios en espiritu, sin que sean libertarios en deseo, y sobretodo sin saberse capaces de gobernarse a si mismos, es soñar en el concurso de factores desconocidos, inmateriales, metafísicos.

No divagúeis con revoluciones salvadoras trabajadas artificiosamente. Concurrid primero al cerebro, y con las ideas, hareis una revolución psíquica, creando factores de transformación social.

Es necesario que el hombre tenga dignidad, carácter, que se sepa fuerza, que tenga deseos de independencia. Esos deseos son cualidades de superación y de progreso, y cuando ese progreso estorbado, es constreñido, se transforman en factores de revolución. Arrastrar a los hombres a luchas que no comprenden, es construir en el aire. Los hombres necesitan luz en su cerebro y para llevarle luz están las ideas, está la educación cada vez mayor que es necesario hacer.

Si alguna vez somos violentos, lo somos por fatalidad, nunca por voluntad. No por agrado, y si por necesidad imperiosa, porque así lo requieren las circunstancias. Pero evolucionamos cada vez más en el sentido de emanciparnos de las determinantes externas. Acrecentamos independencia cada vez que nos elevamos más en la escala de humanidad, cada vez que por el conocimiento y por la razón, somos más hombres.

Revolucionarios en el sentido de la violencia, por sistema, no podemos ser; lo seremos por fatalismo quizá mientras no avancemos lo suficiente, mientras no seamos fuerza poderosa como idea, como pensamiento.

La violencia, por desgracia, es una fatalidad, mejor dicho, es una consecuencia del bestialismo que caracteriza todavía a los hombres.

Nota de la semana

LA CARESTIA DE LA VIDA

¿Quién podrá decirnos que hacemos mal en desear, en querer que el obrero ejercite su acción de protesta contra un gobierno que sólo se preocupa de política y de favorecer a los capitalistas delincuentes? Nadie seguramente. Cumplimos con un deber que nos imponemos voluntariamente: decir verdad y pugnar por el bien.

Claro está que, con dicterios, con frases fuertes, no vamos a lograr que el gobierno se preocupe del bienestar del pueblo, ni que los capitalistas se ablanden y sean por virtud de nuestra palabra, de nuestra prédica, menos ladrones y más humanos. Ni lo creemos, ni ello es posible. Los gobiernos, no pueden preocuparse del bienestar del pueblo, porque tal misión no es efectiva aunque si nominal. Quienes se pagan de palabras, creen sinceramente que el gobierno es necesario, que es preciso en la sociedad especialmente para procurar la felicidad del pueblo y la prosperidad de una nación; pero prácticamente, en el terreno de los hechos sucede que, la felicidad del pueblo queda reducida al bien de una camarilla de políticos audaces, y la prosperidad de la nación, a felices negocios y amables componendas con los capitalistas, en beneficio de los cuales legislan y gobiernan trabajando la esclavitud y la mayor miseria de los trabajadores. ¡Pero qué le puede importar a la gente de gobierno los obreros, cuando se está lejos todavía de las elecciones!...

El gobierno, tiene mucho que hacer, está ocupadísimo en los líos que tiene la política, en las vueltas y revueltas que pueden llevar directamente a dar estabilidad definitiva al pleito partidario, a la transcendental cuestión del cintillo que ocasionó revoluciones y numerosas víctimas, cuyos huesos quizá, aún blanqueen al sol en las cuchillas de la patria. Sí; el gobierno tiene ocupado su tiempo en el arreglo constitucional; amable arreglo que tiene la virtud equitativa de que se repartan amablemente los enemigos de ayer los dineros del presupuesto, que son sangre y sudor del pueblo trabajador.

Las necesidades del pueblo, la miseria que le azota, es cuestión que no preocupa mayormente.

Y más, cuando para abaratar los productos, para hacer algo por la clase trabajadora, habría que lesionar los *santos*, los *honrados* intereses de los buenos negociantes, de los legales ladrones capitalistas. No puede el gobierno cometer semejante atentado contra el comercio y el capitalismo; de ningún modo.

La piara sigue en sus cabildeos, en sus enjuagues y negocios de alta política, aumentando los gastos de gobierno, llevando a diez el número de presidentes de la república, dando acomodo a los amigos y a los enemigos, para que todos puedan comer en la «olla grande».

El pueblo en tanto, paga el kilo de pan a 15 centésimos, porque así les place a los capitalistas organizados en trust, en sociedad de salteadores, que si bien no salen al camino a robar a mano armada, salen al encuentro de la vida para condenar al pueblo al hambre, para acrecentar la miseria.

Y el pueblo no se defiende, ni toma la actitud de los pueblos libres. ¡Y así está de miserable, así de feo en su servilismo, en su pasividad! Cómo decía en su «Ariel» el maestro Rodó: «la esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; y camino del envilecimiento va al dejarse conducir mansamente hacia el precipicio, sin procurar én modo alguno resistir y luchar por mejorar de vida. Si los obreros no son esclavos politicamente, lo son en cambio económicamente, ya que déjanse explotar, no solo en el taller y en el campo de producción, sino que también por asociaciones de comerciantes bandidos que se juramentan para explotar mejor, que se entienden para exprimir el sudor de los trabajadores cada vez más.

La nota de la semana, pues, es el acuerdo de los dueños de panaderías para cobrar el pan a uniforme precio, aplicando multa y otras represalias al negociante del ramo que venda sus productos a precio más económico.

Esto podrá ser todo lo legal que se quiera, pero el pueblo tiene que defenderse y confiar solo en si mismo.

Los gobiernos nada hacen ni pueden que no sea respetar y defender a los comerciantes, organizados para el despojo; al pueblo en cambio, le toca obrar contra todos sus enemigos, trabajando por su mejoramiento, luchando por su vida, porque así es de justicia, de verdadera justicia.

LA FUERZA

El artículo que reproducimos aquí a modo de cartel, lo extractamos de "La Obra" que editan en Buenos Aires Pacheco y Antilli.

Estamos de acuerdo con sus fundamentos en [illegible] partes, siendo bello y elevado su significado.

Cuanto hasta hoy ha sido considerado la fuerza, apenas si es el apelmazamiento de muchas debilidades. La cobardía del buey para salirse del surco por el que empuja como diez toros; la falta de hombre, la ausencia de todo sentido humano en el militar, que mata, viola, destruye como diez tigres; el poltronismo burgués, con asiento en la costumbre, como un ladrillo en un muro: he ahí, en sus propias tintas, algunos de los ejemplos clásicos, de vigor y de carácter Son puras debilidades.

Se olvida que para el hombre no hay destino fuera de la libertad y el auto gobierno. Y que todo cuanto de esto se le vede, tanto se le debilita. Y que de los debilitados, es decir, de los esclavos, es ésta la única fuerza: la del peso y la del número; la que se echa en la balanza para sancionar en contra de las ideas, que son frágiles y airosas siempre; amigas de empenacharse de espuma y riesgo.

Hasta ahora, ser fuerte ha sido ser sólidamente enhiesto, como clavado en la tierra. O ser vigorosamente bruto para arrastrar por el surco cuanto quisieran cargarnos. O sino, chaparse, como de un unto impermeable, a todo grito, solicitud, clamor nuevo. Esto es: ser defensivo y paciente; sordo y denso.

Y no. La fuerza no es nada de eso. Desde que se puso en posición vertical el hombre, su fortaleza cantó en la cúspide de él, en el cerebro. A ese cielo, todavía oscuro y cerrado, pidiéronle que empollar estos dos nidos de carne tibia y rosada: el corazón y los lábios. Por lo que en ellos fecunda es por lo solo que es fuerte!

Amar, hablar! ¿Dónde está, quién es el monstruo de opacidad o pesantez que al besar la boca amada o decir la bella, la justa frase, no ha sentido el cuerpo airoso, libre, inmortal? Es que el beso y la palabra son plumas sobre los flancos, vigor masculino: fuerza!

La fuerza de los que pesan ahora hasta hacernos insoportable la vida, se puede constatar bien, sí. Es la de los servidores de la sociedad burguesa: fuerza de jueces, de amos y de militares. Fuertes son, ¡oh, ya lo creo! como bueyes o peñascos ó bandidos. Vigorosamente brutos, secos y estériles.

La fuerza que prestigiamos nosotros es de otra laya. Fuertes en la libertad, en ideas de independencia, en el gobierno de sí, queremos que sean los hombres. Capaces para desatar sus vidas por los más altos caminos del pensamiento. Y de estar a todas horas, siempre prontos a empenacharse de espuma y riesgo. Como con alas!

Las huelgas y el espíritu de sacrificio

Es casi general que al producirse una huelga, los obreros sufran la consecuencia de la barbarie policial. Y, en ocasiones, pagan con la vida el justo derecho de anhelar y luchar por la conquista de una mejora. La huelga se transforma, dados los sacrificios y valores humanos que se ponen en juego, en un acontecimiento de verdadera transcendencia, cuyos efectos pueden reportar un perjuicio al mismo proletario, si no se atienden por anticipado las razones y valores de sus elementos. Cada huelga, en la cual prima el espíritu de sacrificio humano, y que caracteriza los movimientos habidos—sobre todo en estos países americanos, nuevos en las luchas obreras y, por lo tanto, de un carácter ensayista—representan el máximo de lo que cada obrero pueda dar de sí y hasta de su familia.

Así se explica el temor que experimentan muchas familias obreras y el desgano con que se acogen, al declarar o ejecutar una huelga. Se exige demasiado; conste que no me refiero más que a la parte moral, pues si para conseguir una mejora, que a lo mejor no es más que unos cuantos centavos de aumento sobre el jornal, hay que exponer la propia vida, con el corolario de abandonar a una miseria segura, el hogar y los hijos, es en cierto modo preferible, una vida de privaciones.

Y es que se parte de un principio falso. Se afirma que las huelgas han de ser «violentas», a fin de que el capital, sienta los efectos desastrosos de su misma intransigencia, dándole a esta acción una virtud que la práctica de todos los tiempos le niega. Es simplemente un error derivado de una confusión de términos y en lo cual influye muchísimo un concepto religioso. Energía en la acción, no es violencia. La violencia es en sí misma, un estado anormal, una sugestión extraña, caracterizada por un período de locura. Por descontado damos, que la violencia, como todos los actos en que se hiere directamente y de un modo imprevisto, la reacción es un hecho. La violencia, no puede menos que engendrar la violencia.

Lo esencial es, que con esta actitud se predispone el espíritu al sacrificio inútil, creando un estado cuya más cercana consecuencia es la provocación. A este fenómeno psíquico de las multitudes, es a lo que se llama estar los «ánimos caldeados». Y, una vez los ánimos caldeados, las masacres son lo inevitable.

Bien que para crear este estado, no es preciso mucho: las mismas privaciones, angustiosas las más de las veces, a que se vé obligada la clase obrera; frente al lujo despilfarrador de la burguesía; la inconsciente estupidez de los krumiros, traicionando sus propios intereses; la obstinada intransigencia del patrón y el despliegue de fuerzas en defensa del capital, contribuye y en mucho, para determi-

nar una desesperante tensión de los ánimos. Pero, si estos contrastes, en cierto modo forzosos que la sociedad opone a las luchas en general de los asalariados, son agenos a su voluntad y no puede hacerse a menos que se produzcan, en cambio, con un concepto más racional y más enérgico de la huelga, y menos desprecio por la propia vida, podría evitarse en parte muchos inútiles sacrificios.

Actualmente los holocaustos, es preciso convencerse, no representan más beneficio que el de satisfacer una vanidad personal. Son para el triunfo de una causa cualquiera, de una perfecta inutilidad. La sociedad y el capitalismo, cimentados sobre el materialismo del oro, no pueden lastimar sus intereses con un sentimentalismo incomprensible. Y el espíritu de sacrificio de los trabajadores, cuando indefensos o mal armados, oponen los pechos a las balas y las espaldas al machete, no es más que un resabio de los mártires del cristianismo.

Evitar las persecuciones y vandalismos policiales inherentes a todo movimiento huelguista, es desde luego imposible, por parte de los obreros, puesto que es el capitalista, quien en procura de la defensa de sus intereses hace un despliegue de fuerzas. Pero por lo mismo que el capitalista cuida y defiende su capital, el obrero debe también defender su vida, con un despliegue de energías, capaz de neutralizar las fuerzas contrarias. La lucha entablada, significa, no el interés de clase, ya que las divisiones en la complegidad social son puramente hipotéticas, sino algo más, significa la necesidad de vivir una vida más en conformidad con las exigencias del progreso.

Una huelga en suma, es un medio, una arma de la cual se vale el proletariado, para arrancar al capitalismo, una parcela del producto de su trabajo, no un fin por el cual sea menester ofrecer en holocausto, el único bien, la única propiedad de que dispone el obrero: la vida. El hecho de que la vida del trabajador sea en extremo angustiosa y desprovista de placeres y goces, no autoriza, para entregarse a un suicidio, ello debe ser acicate para la conquista de su bienestar. La huelga, el boicott, el sabotage y las organizaciones de oficios, son los medios de que dispone el obrero, son el complemento para conquistar su mejoramiento, no la soga a que se le entregue desesperado. Si la huelga reclamara para el triunfo de una mejora, el sacrificio de los hombres que se usan de ella, sería un contrasentido, pretender que es la única arma de que dispone el trabajador.

Al trabajador toca, pues, ser más parco en regular su vida, oponiendo una resistencia, no más «violenta», pero sí más *enérgica* en sus movimientos, haciendo caso omiso a las bravatas infantiles a que se le incita. La sociedad de resistencia, debe ser el baluarte, la fuerza solidaria, donde se discuta, se razone y se avalore la huelga, para el triunfo eficaz de las cuestiones del trabajo, sin que valgan los reflejos sentimentales. De manera que al hacer un movimiento, se vaya con la convicción de conquistar un mejoramiento y no con el espíritu de sacrificar una vida.

José A. Grisolía.

Alcorta 1917.

Cultura anarquista

El tiempo de la libertad

La ignorancia se mide eficazmente sobre las extensiones metafísicas que comprende el futuro de sus creencias. Tanto más se remonta el hombre sobre lo desconocido, cuanto menos habilidades tiene para desenvolver capacidades en su presente.

Los espíritus religiosos, por ejemplo, no tienen otra interpretación de la vida que aquella que se alza como un fantasma dorado en las cumbres imaginarias de ultratumba. Son los fuertes negadores del presente, pero afirman, en cambio, la extensión de su dogma sobre las tinieblas de lo que suponen, como una verdad de los calculados enigmas del universo.

La ignorancia acomoda su acción y hace hablar a su verbo en un tiempo futuro. Y el futuro, cuando es así traducido en una afirmación indubitable, porque no es la conjetura quien lo explora, ni és la hipótesis quien lo investiga, de un origen perfecto al equívoco del bien si es el bien lo que se desea, o al equívoco de la libertad si es la libertad lo que se persigue. Tales equívocos, en efecto, aparecen en todas las tendencias ideológicas; aparecen en aquellas ideas más encerradas en los dogmas, como asimismo en las que cabalgan sobre mayores concepciones de certidumbre.

Cuando la inteligencia humana puede poco, crea como compensación á su escaso poder, todo género de monstruos o de fantasmas. Dios tiene ese origen y esa naturaleza. Y Dios será en el infinito el brazo todopoderoso, mientras la inteligencia del hombre no lo supere.

La más clara invención de los pueblos hasta ahora, es de futuro; y cuanto más inventan en este orden, tantas menos capacidades tienen para desarrollarse con suficiencia en su naturaleza y en su vida.

El futuro es la única grande idea de las civilizaciones conocidas. Condenarlo sería para ellas anularse en cuerpo y en alma. Y es que el futuro lo consideran ausente de sí, en la extensión, y no en el minuto que empieza, en la hora que se inicia, en el día que amanece.

Si fuera posible quitarles a las civilizaciones sus dogmas de futuro, las precipitaríamos, entonces, a una bancarrota. Las virtudes de que se rodean y los rangos generosos de que nos hablan por medio de ideas concluídas, son librados al tiempo que aprisionan los círculos de sus creencias. La oscuridad que desprende el porvenir que imaginan, les favorece grandemente, pues que piden a sus tinieblas lo que no son capaces de desarrollar en sus espacios ostensibles.

¿Que es, por tanto, un dogma del bien o un dogma de la libertad? Es la idea que envuelve las incapacidades para poder desarrollar esos atributos. Así consideradas, las civilizaciones conocidas no son otra cosa que un compuesto de creencias que se disputan el tiempo en desdorso del hombre. El verbo de lo que es y puede ser, no suena nunca en sus medios activos, sino el verbo de lo que la inteligencia insegura de si misma propone que sea.

Al hablar de la libertad y de sus virtudes inherentes, no hay pensador alguno que no la presente sobre las imágenes de un dogma. Los pueblos no la conciben de otra suerte, siendo su mal de interpretación el mal de su existencia. El hombre no alcanza a comprender como puede ser libre sin tener ante si la fisomía dogmática de la libertad y menos llega a estimarla como un sentimiento suyo, como un atributo de su alma, como un esfuerzo de su naturaleza.

Hijos de las creencias seculares que han llegado hasta nuestros días, no llegamos a convencernos que la libertad es una energía que acciona en los medios de un tiempo presente, que es un desarrollo de nuestras actividades y no la ausencia de un esfuerzo sobre la cumbre de una idea.

La certidumbre de la libertad es el trabajo que realizo todos los días en contra de mi naturaleza llena de debilidades. Y al ejercitar así los órganos de mi individuo y trabajar su evolución, ofrezco a mis semejantes el único programa que puede ofrecer un hombre libre.

Jose Torralvo.

San Genaro 31 de Mayo 1917.

Madres, alerta!

Estáis propensas siempre al dolor. Os acecha desde la sombra para clavar en vuestro corazón amantísimo sus terribles dardos. Alerta, madres!

Bien véis allá en Europa, como bellas ciudades y rientes campiñas desaparecen entre el humo del incendio, el furor homicida de los hombres y el poder destructivo de la metralla.

La ciudad se convierte en un montón de escombros; la campiña en tierra inculta, sin la bendición del fruto, sin árboles, sin flores, sin pájaros.

Los hombres, caen como la gavilla del trigo al contacto de afilada hoz ¡oh la guerra!...

Los niños, amanecen sin padre un buen día, y el dolor viene tempranamente a poner la chispa del odio en los cerebros infantiles; del odio contra el vecino país que está en lucha, contra el «extrangero», el hombre malo que hace a los niños amanecer sin padre.

Vosotras, madres de América, no podéis querer la guerra, la mala guerra que a nadie beneficia; la guerra del capricho y del interés malsano de unos cuantos enfermos: maniáticos del poder unos, poseídos de la fiebre del oro, otros.

No podéis anhelar que arranquen ¡los bandidos! de vuestros brazos a vuestra misma carne hecha vida en bellos hijos: flores de vuestro jardín, frutos de vuestro árbol

Procurad ¡oh madres! en combatir las guerras, esos grandes crímenes de la historia que manchan, que dejan sobre los siglos como un estigma de bestialismo, de ignorancia y maldad.

Educad en el amor, a los pequeños que serán mañana hombres; educad en la libertad, abominando toda tiranía, y veréis como el monstruo, todo rojo, bañado en sangre de mil generaciones, no viene más a los hogares robar vuestra misma carne hecha vida en bellos hijos: flores de vuestro jardín, frutos de vuestro árbol.

Luis Cuervo.

Las ideas

Nada hay en la vida tan sólido e indestructible como el pensamiento. No existe poder ni fuerza ni ley natural siquiera que pueda anular la obra sencilla pero segura de las ideas que van destruyendo fórmulas viejas sistemas rancios para imponer regímenes nuevos e instituciones más libres, más armonizadas con el derecho individual, más humanas, más perfectas.

No ha habido ni habrá jamás partido, secta o religión que sufra impertérrita la obra demoledora y renovadora de la evolución que todo lo transforma, que todo lo concluye para dar paso a la verdad más verdadera, a la razón más lógica, y a la justicia más justa, más extricta, más exacta. No hay ni habrá religión o Estado, secta o partido, por más contemporanizador que sea, que no deje de ser, por la razón natural de vida y muerte. No así las ideas que a través de todo tiempo vienen marcando el derrotero de todos los mañanas, siempre en gesta en las entrañas de todas las realidades.

Las ideas, fruto de todos los anhelos, hijas de la verdad, de la ciencia y de la justicia, es lo único que no se pueden destruir porque a cada paso nacen nuevas, más luminosas, más altas, más fuertes y son así ellas infinitas y eternas como el cuerpo, el espacio y la materia.

Nace una idea y se le resiste; se le obstruye; más tarde se le discute y cuando se le acepta, que ha dejado de ser ya, otra, repuesta, más vigorosa y lucha, tira a imponerse, brega, se defiende triunfa y llega tambien. Así; en jalones y poco a poco es como se ha venido elaborando la vida y como se siguirá elaborando por siempre jamás.

De ahí que somos indestructibles nosotros, los anarquistas. Nos palanquean razones de vida y solo destruyendo a esta pueden evitarnos a que les interrumpamos las fáciles digestiones.

De ahí que no nos preocupen las tontas intentonas de evitar nuestro ideal. El es parte y fruto de lo que se impone, de lo que ha de venir, tarde o temprano; pero que vendrá porque las ideas han sido, son y serán las cunas de todos los porvenires. No así los partidos o instituciones que son una simple norma, un cuerpo, algo que, una vez cumplida su misión, que un accidente cualquiera les ha impuesto, desaparecen fatalmente para dar paso a lo que las necesidades nuevas, descubiertas y sentidas por el ideal último, imponen como única obligación a la vida.

Las ideas jamás son viejas, decrépitas. Las realidades las matan de golpe; y, como no se pierden ni pueden pasar a la nada y estan sujetas también ellas a la ley general y fatal de la evolución, se establece el círculo y el espiral ascendente: vuelven ha ser ideas, más sanas, más sabias, más justas, más perfectas y así en los siglos de los siglos.

La anarquía es un ideal.

Luis V. Alegre

Buenos Aires, Junio de 1917

El nuevo Iscariote

I

—¿Por que será, Antonio—se atrevió a decir Enrique a su oficial, una mañana,—que nosotros, trabajando, nunca podemos tener en nuestros hogares lo suficiente para vivir?

—La vida es triste, es verdad—contestó el interpelado con un dejo de resignación;—más no tenemos nosotros razón si nos quejamos; ¡no hijito!... Dios ha dispuesto las cosas de esta manera para premiarnos luego... Pero—añadió con extrañeza,—¿cómo se te ocurre semejante pregunta?

—¿Cómo no se me ha de ocurrir?... Veo, siento, comprendo, y esto me impulsa... Desde los trece años, al poco de ser mi padre, como le he contado, destrozado por la polea de una máquina, me ví necesitado a ganar el sustento y ayudar a mi madre y dos hermanitos. Perseveré con afán, en el deseo de atenuar la miseria que se cernía sobre nuestras vidas. Empero, hoy, que soy hombre, veo que las condiciones son idénticas que entonces... ¡Me subleva este modo de existencia! Porque no es justo que unos vivan en el ocio y la plétora, mientras nosotros sudamos la gota gorda en la indigencia.

—¡Hum! Eso lo dicen los descontentos que escriben libros para robar dinero... Pero no es cierto... Por eso, Enrique, yo te aconsejo que me imites.

—¿Qué me calle? ¿qué no lea? ¿qué no piense? ¡Ah, no!

Y dió rienda suelta a su dolor acumulado. Dijo de la miseria que los acariciaba como una arpía famélica, a ellos, famélicos también. Y al recuerdo de los días en que su madre tenía que calentar la sopa de agua y zoquetes con los periódicos que él leía, se afianzaba en sus convicciones.

—No, no!... Es necesario comprender que los que nos aplastan son los amos.

—Bien está lamentarse... ¡Pero renegar de nuestros protectores...! Tú eres muy joven y todavía no conoces la satisfacción del deber. Te sublevas contra éllos y no te acuerdas que les debemos el pan.

—A éllos? ¿Y si nos negásemos a...? ¿Cómo se explica usted el absurdo que siendo los que producimos las cosas, tengamos que implorarlas si las necesitamos? ¿Hay en esto justicia, o es una usur...?

—Eres víctima de tu precipitación, Enrique, y en tu apasionamiento, no alcanzas a comprender que las cosas en la tierra están dispuestas por la voluntad de Dios, a quien debemos respeto.

—¡Dios! ¡Dios! Fantasma con que los pícaros trastornan la cabeza de muchos. ¡El prejuicio terrible que causa los más grandes errores. Un poco de amor a si mismos, y ya seríamos hombres; nos habríamos apartado de la ignorancia

—¿Qué dices?... ¡Ah, basta, basta! exclamó Antonio con indignación y desconcierto; y alzaba los brazos y daba vuelta la cara porque, presa de un pánico su alma, le parecía sentirse como contaminado por la rebelión del muchacho. Esos malditos libros de apóstatas e impíos te han alterado el seso... ¡Tan joven y tienes el veneno de la duda en el alma! ¡Que el señor te perdone tus yerros, cual yo te los perdono; pero basta, no quiero más conversar, basta!

Y se dispusieron a machacar el hierro candente que despedía estrellados chispazos en las llamas de la fragua.

II

Despues de almorzar, Antonio tuvo ocasión de hablar a solas con el amo.

—Discúlpeme, señor don Leopoldo; —lloriqueó—mañana estará concluído todo el trabajo que me ha encargado ayer. Hubiera estado antes, a tener un hombre que me ayudara. Pero así... solo.

—¡Cómo solo? ¿Y Enrique?

—¡Ah, señor! ¿Enrique?... ¡Si usted supiera!...

—Qué? ¿Falta al trabajo?

—¡Peor!.. Créame: es mucho mejor que despida a ese muchacho. Tiene ciertas ideas... Habla contra la religión. Lee libros y...

—¡Hum! .. ¿Novelas?

—Es un peligro, don Leopoldo .. Un verdadero peligro.. Figúrese que ha tenido la osadía de decirme que usted ¡santo Dios! vive de nuestros sudores!

—¿Eh?—inquirió el burgués cejijunto.

—Sí; reune, también, a los demás obreros para leerles periódicos.

—Eso ya es grave—murmuró el amo, y se puso a reflexionar. Luego, palmeándole las espaldas, con tono confidencial, le dijo:

—Le daremos un escarmiento, eh?... ¿Qué le parece?

—Sí señor... Sería preciso... Con ello aprenderá a saber donde está la fuerza.

III

Por la tarde, Enrique fué despedido. Esta expulsión le extrañó. Enseguida reaccionó, pensó y se echó a reir. Mentalmente se dijo: «Aquí o en otro lado, es lo mismo.» Quiso advertírselo a su oficial. Se encaminó hacia él. Con ingenuidad llena de amargura, le dijo:

—¿Sabe que me han despedido?

—¿Sí?—exclamó con hipocresía evidente.—¡Caramba! ¡Qué lástima! ¿Y por qué?

—Porque yo soy así, ¿ve? Me gusta destruir lo que no sirve.

Y le aplicó un puñetazo.

Adolfo Boyer.

B. Aires, Mayo 1917.

Como te veo yo

Tienes tu, la traza de uno de aquellos fanáticos del medioevo transportado por el atavismo hasta nuestros días. Tienes en tu espíritu la impenetrabilidad de la piedra, cerrado a cal y canto a toda idea liberadora que abomine del sistema y cante el fracaso de la fórmula única del redentorismo colectivo. Has levantado murallas en tu alma, privándole del sol, llevado quizá por tu instinto, por tu pasión, por el bestialismo de tu conducta que llamas revolucionaria. Pones la esperanza del riente porvenir en el puño y no en el pensamiento, olvidando ¡imbécil! que solo en la cúspide de ese edificio que se llama hombre, reside la posibilidad de una vida mejor.

¡Y eres tú, tú mismo, quien califica a los demás de divagadores! Tú, el fanático del instinto, el partidario de las violencias, de la gimnasia de los puños en vez de la gimnasia del entendimiento.

Tú que quisieras a todos los hombres a tú imágen menguada, a tú medida, con tus costumbres, con tus opiniones mismas.

Tú que quisieras que la humanidad fuera un reloj construído y regulado por tí, a tu solo gusto. Eres ridículo, completamente ridículo en tus propósitos, en tus agitaciones, en tus alharacas revolucionaristas

Ni tú mismo te entiendes. ¿Sabes ser hombre? No, seguramente.

Según tú, el progreso del hombre no debe ser en el cerebro, sino en su instinto de lucha, de pelea, de guerra, ¡Bravo!

Dirigirse al cerebro, educar, llevar ideas, buenas ideas al espíritu, generosidad de alma, es divagación, *es ser traidor en esta hora de acción*. Lo que a tí importa, es acción, pura acción; frases altisonantes, adjetivos fuertes, puñetazos patadas, cuchillos, bombas, fusiles, armas, armas.

Esa es la acción que preconizas, pura divagación de enfermo, de un enfermo monomaniaco que tiene su clasificación patológica. Pero juntamente con tu pasión de hombre de guerra—aunque te disfraces de anarquista—tienes un miedo horroroso a la misma violencia que predicas. Tienes un intinto de conservación demasiado despierto que te hace ser saltarín de la cuerda floja, predicando lo que no te sientes con valor de hacer.

Hasta, para tu desgracia, te creo con la manía de las persecuciones, dolencia grave que esconde en su fondo todo un mundo de cobardía. Lee, lee un admirable libro de psicología: Las obsesiones y los impulsos, te hará bien.

Bien quisieras a los hombres a tu ejemplo, y eso no es posible por más revolución que prediques.

¡Mientras no lo hagas tú!. Y tú, solito puedes empezar en ti mismo, en tu espíritu ¡Oh, buena falta te haría una revolución cerebral! Estás demasiado hecho a las ideas fijas ¡que digo ideas! a las profesiones de fé, a los fanatismos. Eres un enfermo de revolucionarismo, un solemne divagador que no sabe siquiera hilvanar sus divagaciones. ¿Porque no practicas lo que predicas? En estos tiempos de acción, tienes que preocuparte de la educación tuya, porque con insultos no remedias nada, no te mejoras, ni te elevas. La palabra revolución en tu boca hace reir, créeme.

¿No ves que tu valor solo es teórico? ¿No ves, que la revolución, solo es posible con razones, por determinación de ideas, por concurso de factores definidos?

Aprende a conocer los factores ¡estudia sociología y psicología hombre! conócete a ti mismo antes de meterte a determinar a los demás. ¿No te das cuenta que escribir como escribes es confesarse inferior cerebralmente?

Noy de Sucre.

Y tú, mujercita.....

... Que llegaste a ser abuela: que tienes marcadas en el rostro, como surcos, las huellas que dejan los sufrimientos en el correr de los años; que se asemejan ya, a copos de nieve, los que otrora fueron guedejas de oro; que inclinada vás, como mirando el suelo, por el peso de tus muchos años, tienes también tu trabajo en la hora actual, trabajo que quizá sólo tú puedas realizar, ya, que, anciana, te has vuelto niña, pero con el saber que proporciona la experiencia.

Escucha:

Cuando venga a tu regazo el nietezuelo retozón y bullanguero o se pegue de tus faldas en súplica de mimos y de juegos; cuando te diga: «Agüelita, vamo a jugá», juega abuela, juega como si fueras niña, cúal si la ancianidad fuera una nueva infancia, pero más consciente, más sabia.

Si en sus juegos, el pequeño se entusiasma, si se excede en sus carreras y en sus saltos, que pudiera hacerle daño, no recortes sus alitas, no reprendas, no castigues lo que es vida, lo que es nervio: edúcale, oriéntale.

Eres tú, abuelita, la que debes enseñarle juegos buenos, juegos santos. Que no juegue con soldaditos de plomo; ni le ciñas espaditas, ni le pongas trajecitos de colores que parezcan diminutos militares—malas gentes—que, si bien le darían alegría, le malean; le pervierten.

Enséñale a ser bueno, a que ame a los humanos como si fuera a si mismo, como a hermanos: que no haga distinciones entre el «pulcro» hijo de rico y el humilde rapazuelo; entre el pichón del tirano y el pequeño canillita que descalzo correteа.

Cuando véasle tirar cobardemente de la cola al gato o al perro, enseñarle has, que es feo el ser cruel, que tratar los animales con cariño es bello y bueno.

Edúcale abuelita, hazle humano, hazle hombre, pero hombre de provecho, hombre útil, con valor, pero sincero.

Cuando el pequeño se acerque y te diga con encanto, con graciosa media lengua: «Abelita, otro cuento,» no le narres más, abuela, de aquellos cuentos antiguos que envenenan, no le digas de castillos encantados, ni de ogros que se comen a los niños malos, ni de brujas, ni de mágicos, ni de malos hombres que se llevan a los niños en la bolsa, ni de gigantes que matan y castigan, ni de guerreros; no, abuela, no le cuentes esas cosas tan absurdas, que produce pesadillas, malos sueños...

Luis Casales.

Cristianismo y anarquismo irreconciliables

Dos principios viciaron al Cristianismo en su origen: su odio, no del mundo sino de la vida y su sumisión ciega a la pretendida voluntad de Dios. «Hágase tu voluntad» exclamó Jesús en el jardín Getsemani y éste es el abismo infranqueable que separará siempre de los cristianos a los hombres de iniciativa, independientes, refractarios, rebeldes. Inútil recurrir a los textos; no hay acuerdo posible No aceptamos un ser sobrenatural, que sabe el número de nuestros cabellos, pero que nos niega el derecho de disponer de nuestra voluntad. Si fuese posible su existencia, nuestro primordial e imperioso deber consistiría en sublevarnos contra tal tiranía Ni amos, ni dioses que reflejen la imagen de aquellos. ¡La actitud del hombre arrodillado es propia de esclavos!

Además, el Cristianismo ha valido en su época. Si en la historia de la humanidad tuvo influencia libertadora, sus méritos pasados no le disculpan de todo el mal que ha causado a los pensadores independientes, a los amantes de la vida. Nos parece ver aún las piras sagradas y oir los desesperados lamentos de los infelices aherrogados en los lóbregos calabozos de las inquisiciones religiosas. Ante el recuerdo desfilan los católicos, los griegos, los protestantes, Torquemada, Calvino, Lutero, Enrique VIII, Loyola, el Santo Oficio, el Synodo ruso, las dragonadas anglicanas, las misiones..

«Se conoce el árbol por sus fruto»... Estos son, pues, los frutos amargos del Cristianismo, como también son frutos podridos del mismo, el pietismo, las mogigaterías, el moraliteísmo, toda la hipocresía, en fin, que no considera más que la apariencia, que no mira más que la respetabilidad, que quiere mutilar al individuo con el pretexto de librarle de las pasiones sanas que son la vida misma, no consiguiendo, apesar de su tenacidad dogmática, más que formar seres desequilibrados, malsanos y viciosos.

E. Armand.

Modelo de "autoridad"

Hasta como democracia republicana, faltan aquí respetos y derechos democráticos. Los encargados de interpretar las formas—ya que la esencia no la interpreta nadie—más ligeras y fáciles del pragmatismo demócrata, son sus mismos negadores.

La ignorancia, que es suspicaz y dañina, se levanta haciendo pie burocrático y, con gesto de suficiencia ridícula, desloma, encanalla todo. Es así, porque los encargados de servir la patria, ni siquiera saben que son los servidores de un principio—malo o bueno,—antes que los servidores de sus infamias. Por esto, malo el sistema y brutos los que lo sirven, faltan aquí, más que en cualquier monarquía, respetos y derechos ciudadanos. Cualquier ser analfabeto con chaqueta de «autoridad», acomete brutalmente contra el más digno ser humano.

Pascual Minoti.

Vida católica

VAMOS A REIRNOS

El asunto este, es muy serio. Trátase del *¡¡¡gran!!!* enemigo de los anarquistas: Campos Turreyro. ¡El pobre tiene miedo! No es para tanto. Todavía no hemos tirado la «bolilla negra» para ver a quien le toca *ajusticiarlo*. Enverdad, que las «verdades» de Campos Turreyro, nos encantan. Nos hace un mal bárbaro con sus refutaciones estilo milico: «vea agente, llévelo preso». Un hombre así, tan lógico, tan terrible demoledor de nuestras ideas, merece cualquier cosa, hasta un atentado de lujo, al estilo de aquellos que usan reyes, príncipes, y jefes de policía. ¡Vaya, que es modesto el nene!..

No ricura; no te van a mandar al paraíso. Tu te has de morir de estrilo, intoxicado por la mucha bilis que tienes dentro. Te aconsejamos que pidas sueldo en «investigaciones», te conviene ese empleo que tan en armonia está con tu *bella* conducta «perruna» de mandar presos a los anarquistas. Anda rico, anda ligero, que te conviene el oficio. Harás carrera.

¡QUE TRIUNFO!

Albricias tenemos! El organito de la calle Hocquart, que no está agonizante gracias a las mondaduras de hostias, al negocio de la cera, al aceite y el vino de los sacristanes, y sobre todo, a la ayuda que prestan los quesos perfumados de Notaroberto.—¡ojo al reclame!—ha dedicado todo el espacio de sus columnas virginales y santas—exceptuando aquellas que dedican al negocio del reclame, que no solo de oraciones y buenas intenciones vive el hombre—al ejercicio de la virtuosa obra de insultarnos, calumniarnos y darse bombo. En esto último son maestros, y en lo otro también, aunque algo torpes.

Ríense de los mandamientos de la ley de Dios; del octavo, sobre todo. Pero si no cometieran pecados, ¿qué necesidad habría de confesión?

Llaman a los obreros que militan en las comisiones de los gremios, vividores, ladrones del sudor ageno, etc., etc.

Se guardan bien de indicar nada concreto. Llamar a todos vividores, es igual que no llamárselo a nadie. Es pataleo puro, chapoteo en el barro, rabia, estrilo, bilis. Y nosotros, en tanto, nos reimos, nos reimos hasta que nos cansamos.

El que escribe este artículo, ríe, mientras escribe, porque con la imaginación evoca la cara amarilla de Campos Turreiro leyendo este articulito, pateando, relinchando como una bestia. olvidándose que es cristiano.

Lo ve también sonreir angelícalmente al bueno y sincero Castro, al humorista de trastienda Monestier, vulgarmente conocido por *Simón es tierno y el Camaleón del tarro de pintura.*

Nosotros no somos así; ¡qué esperanza! Tenemos un espiritu muy jovial y no podemos tomar en serio a quienes, si no son vividores del catolicismo, son cuando menos católicos de conveniencia. Nosotros sabemos concretar los hechos y no andamos por las ramas, ni aún cuando nos reímos de la cara avinagrada que ponen cuando nos leen los cofrades del Aspid Mortífero. Nos reímos también, por que han tomado la buena medida de pedir que la policía sea enérgica con los obreros. que los jueces sean severos etc. etc. Los obreros del Comité pro Presos de la Villa del Cerro, agradecen efusivamente la reproducción en el órgano eucarístico de los párrafos de más relieve de su manifiesto contra los atropellos policiales. En cuanto al comentario: son rosas lo que merecéis.

Total: que nos habéis dedicado todo el número, dándonos con ello una gran alegría.

Nobleza, obligános a enviaros las gracias; pero haremos más: concurriremos a presenciar la procesión de Corpus para reirnos en vuestra cara del carnaval místico, de los monigotes de palo y trapo que sacáis a paseo, de las beatas—«ovejas del Señor»—de las ovejitas y de los grandes y pequeños corderos. Pedimos a Campos Turreiro que no nos mande presos, hasta después de la procesión, para no malograrnos el espectáculo.

¡Cuánto nos vamos a reir con las caras largas de estos angelitos, de la tres veces santa cofradía del «Aspid Mortífero!»

¡Oh, qué bello y que dulce—dirán los «juveniles» del Buen Pastor—es llevar siempre una vela en la mano, puestos los ojos en la altura, en arrobamiento místico, extáticos, transfigurados, divinos!...

¡OH, TARTAMUDOS!

Notaroberto, angélico, dulcísimo administrador de la hoja.. de parra eucarística, sabio de lo más hondo, chupótero de la nunca concluida maffia seráfica, nos dice en articulito de dos columnas que, no discuten los católicos con nosotros, porque no tenemos un cuerpo de doctrina que oponer al cuerpo de guardias civiles que llevan a sus conferencias, para que detengan a quien pretenda refutar los asertos disparatados de cuatro «vivillos que, con más audacia que ciencia, con más insultos que razones, pretenden combatir a la anarquía.

Notaroberto, santo y bienaventurado mortal que, del negocio ha hecho religión, no nos ha convencido de que tiene razón.

Otras dos columnas, puede ser que nos convenzan.

En tanto, lo dicho: no quieren discutir. ¿Quien dijo miedo? Nosotros lo decimos bien alto: ¡tenéis miedo, miedo y miedo.

Valéis muy poco, cuando escapáis cobardemente a la discusión. No tenéis ideas, no tenéis nada. Nos hacéis reir con gritos y ridículas posturas de campeones. De hoy en adelante diremos siempre: «los demócratas cristianos no han aceptado el reto, rehuyen la discusión, se escabullen, se declaran vencidos».

No hay excusa posible. ¿No aceptáis la discusión? Pues tenéis miedo a ser vencidos una vez más. ¡Ah, tartamudos!...

El comentario de la situación rusa

¡Oh, la anarquía en el ejército!... la temible anarquía, donde el soldado es amigo del jefe, donde el jefe manda y es discutida y analizada su orden. ¡Un ejército sin disciplina!... Algo nuevo, algo raro, algo imprevisto. Esto es grave para Rusia, para la Rusia de los ricos, de los capitalistas, de los gobernantes. Es el cataclismo que avanza, el porvenir en aurora. No ha brillado el sol, todavía; pero cuando la aurora és, lo por venir es día radiante, y nó, tinieblas, y nó, la noche.

Ni Kerenski, ni Alexieff, son obedecidos: son discutidos. Los soldados ya no son soldados: son hombres. ¡Albricias! ..

La anarquía... *«gangrena disolvente que ha penetrado en el ejército por obra de las absurdas y fatales disposiciones emanadas de los comités socialistas en los primeros días de la revolución, y que introdujeron en la organización militar una libertad incompatible con su buen funcionamiento».*

¡Es decir, que la libertad es incompatible con el crimen del militarismo! Apuntemos la lección.

«Se hacen esfuerzos para restablecer un orden y una disciplina de nuevo género, mediante discursos pronunciados ante reuniones de soldados; pero esas exhortaciones, por persuasivas que sean, parecen utópicas. El mal, aliviado en un punto, reaparece en otro.»

No; no es posible convencer a quienes han probado el sabroso fruto de la libertad, para que buenamente, conscientemente, por voluntad propia, sean máquinas y no hombres, instrumentos pasivos y no hombres activos; obedecer, aceptar la tiranía como un bien, volver a lo antiguo, a las delicias de la disciplina, al reinado de la injusticia, por virtud de elocuentes discursos, no es posible. El que constata un beneficio, el que progresa no vuelve voluntariamente a su estado anterior; ni con un discurso, ni con cien discursos *convincentes* basados en la necesidad.

El árbol de la libertad, produce una floración de independencia; y con la independencia, no hay ejército, no hay sumisión, no hay disciplina, no hay ejército poderoso, no hay crimen colectivo, no hay guerra.

«Informaciones que nos llegan del frente militar ruso presentan como una amenaza ese ejército de millones de hombres que, según ha dicho el general Alexieff, se convertirá en un montón de patrullas, si no se restablece el principio de una disciplina forzosa y con sanciones punitivas sin reserva».

Es cierto, ciertísimo. Si no hay violencia, el hombre asoma y actúa bellamente como hombre. Con el terror, con disciplina de hierro, con esas «sanciones punibles sin reserva» —dicho en lenguaje vulgar: con las ejecuciones en masa de los soldados que se consideran hombres — el ejército podría salvarse, la burguesía mantenerse, y la libertad alejarse del suelo ruso hacia más hospitalarias regiones.

¡Ah, sí, la libertad es peligrosa!

«El corresponsal del «Daily Mail» en Petrograd envió un despacho a su diario, anunciando que la anarquía se propaga en toda Rusia, habiéndose producido graves sucesos en numerosas ciudades».

No será seguramente la anarquía, es decir, la libertad, quien provoca «graves sucesos». Deben ser más bien, aquellos que quieren conservar a toda costa los privilegios de clase, y el detestable régimen económico que rige en el mundo. Los anarquistas, querrán vivir en libertad y defenderán esa conquista, lograda al fin, contra todos aquellos que encarnan la conservación del régimen de injusticia.

«Petrograd, 8—Ha tenido lugar una reunión de banqueros, hombres de negocios y otros personajes eminentes. Uno de los oradores, un príncipe ruso, hizo esta declaración: «Antes estábamos dominados por el zarismo y ahora lo estamos por las muchedumbres». Esta reunión es el primer esfuerzo franco que se hace contra las exigencias del proletariado».

Los príncipes de la banca, caballeros del ágio y la especulación, se asustan. La libertad les aterra; el grito: «restituid», tiene efecto de trueno en sus oídos: es fuego del cielo, es rayo, es el fin que se acerca. Por eso se agitan, por eso protestan, los que nunca han tomado en cuenta las protestas de los demás, los que ofrecían plomo cuando el pueblo pedía pan. ¡Cómo cambian los hombres!...

«Una carta de Kropotkin.—Londres, 8—El príncipe Kropotkin, famoso anarquista ruso que ha permanecido desterrado en Inglaterra durante 40 años, ha dirigido hoy una carta a los diarios de esta capital, en ocasión de abandonarla con destino a Petrograd, accediendo a la invitación que le ha sido hecha por el Consejo de Obreros y Soldados. Dice el príncipe en su carta, que confía en que los esfuerzos de Alemania para atraer al pueblo ruso y ceñirlo a su yugo, con objeto de utilizarlo como instrumento de conquista, han de fracasar, pues la nación entera seguirá luchando hasta que el pueblo alemán conozca su criminal engaño. Termina diciendo el príncipe Kropotkin que los rusos, lejos de favorecer los planes de los que pretenden el dominio del mundo, secundarán los esfuerzos que se hacen para lograr los ideales de los aliados, tal como han sido definidos por el jefe del gabinete británico».

Se publican muchas cartas de Kropotkin. No vamos a decir que no sea auténtica esta, como otras cartas, o lo contrario. Kropotkine puede pensar como guste.

No nos va frio ni calor con ello. Kropotkine, dice que los ideales de los revolucionarios rusos y de los aliados, «tal como han sido definidos por el jefe del gobierno británico», son los mismos. Nosotros, no opinamos así, y dejamos a los hechos que nos digan quien tiene razón.

«Copenhague» 8.—El príncipe Kropotkin es esperado en Bergen procedente de Londres y en viaje a Petrogrado. Hace 40 años que huyó de Rusia. El ministro de la guerra Kerenky se trasladará a la ciudad fronteriza de Toruca para recibir al viajero».

¡Como cambian los hombres y como cambian los tiempos!

El Cerro, es un paraiso

Podemos decir, que los soldados de línea, los profesionales del crímen, han pegado duro en el Cerro, haciendo barbaridades e injusticias. Atropellos a mano armada; asaltos de negocios; violaciones de domicilio; sablazos y tiros en abundancia; y como número final, asalto y despojo de dinero, como bandidos legítimos, a infortunados obreros.

La prensa burguesa ha publicado denuncias concretas, donde se evidencia el despojo a mano armada realizado por los milicos, y el apaleamiento inhumano por parejas de soldados—renovadas a cada cuadra—a un infeliz obrero, al que se le rompió un brazo y dejó mal herido. ¿Pero, a que vamos a levantar capítulo de cargos, cuando no nos bastaría todo el periódico para insertar la cuarta parte?

El Cerro es un paraiso. Allí la vida está librada a la ligereza de las piernas, en cuanto una patrulla de soldados asoma la nariz.

Con tales fieras no valen palabras, no hay razones. El gobierno es el culpable de tales desmanes, de tan villanos atropellos. Se dice en el Cerro, que Wilson emborracha a los milicos con caña de la Habana, para darle coraje e incitarlos a que siembren el terror en la villa.

Todo es posible con semejante gente.

La huelga, quizá quedará solucionada esta noche. Pero concreto, nada se sabe todavía.

"La Voz de la Federación"

Este es el título de un manifiesto que ha circulado profusamente.

Se habla claro en él, y se exponen razones, demostrando lo que ha hecho el gobierno con los obreros.

Es un buen impreso por el que habla la Federación al pueblo.

Solidaridad

Por los presos de Firmat

Los Centros y entidades obreras que realicen actos de protesta, reclamando la libertad de Suárez, Vidal y demás camaradas presos en Rosario por los sucesos de Firmat, pueden enviar, para mayor eficacia — según nos escriben—un telegrama al presidente de la República Argentina, exigiendo la libertad de los citados compañeros, y el acta del mitin realizado a la *Alta Cámara del Rosario*, en sobre cerrado.

Centro de E. S. de Paso del Molino

Por iniciativa de este Centro, y en asamblea popular, quedó constituído un «Cómité pro boycott a «La Tribuna Popular».

Este Comité ha pasado una nota a los comerciantes de la localidad, comunicándole se abstengan de comprar dicho *pasquín*; de lo contrario, se les aplicaría el más vigoroso boycott.

Ya han contestado favorablemente la mayoría del comercio, y los que no lo han hecho y sigan comprando «La Tribuna», se publicarán sus nombres en un próximo manifiesto que editará el Comité.

NOTA: Comunica también este Centro a todos los interesados que el núm: agraciado con la máquina últimamente rifada por esta entidad ha sido el 736, de la última jugada de Mayo.

Al margen del cable

BRASIL—

Río Janeiro, 8—*En el derrumbe de un hotel en construcción, han perecido 22 obreros, habiendo también 40 obreros heridos de gravedad. El suceso ha producido consternación.*

Nadie pedirá cuentas al gran criminal del constructor, que por economizar material y tiempo no habrá tomado las precauciones necesarias. ¡Para lo que vale la vida de los trabajadores!...

Estos veintidos obreros que han dejado de existir, serán reemplazados con mayor facilidad que una muda de ropa! ¡Es tan barata la mercadería humana! ¡Valen tan poco los hombres de trabajo!

ESPAÑA

Una revolución sin sangre

Se repite, se comenta: una revolución sin sangre que se está desarrollando en España actualmente. No vemos claro en los sucesos de aquel país y no queremos meternos a profetas. Que allí se está haciendo algo, es indudable. ¿Qué será ello?

Madrid 8.—«El Imparcial» publica un artículo demostrando la ineptitud de los gobiernos cuando los sorprenden los acontecimientos. Extractamos: **«Es un desconsuelo que las gentes directoras del país sean incapaces de comprender la situación. En sólo ocho dias hemos vivido medio siglo y las circunstancias nos han lanzado por un camino cuyo retroceso es imposible.»**

¿Qué quiere decir esto?...

Las huelgas

Madrid, 8—Numerosas son las huelgas en toda la península. El ministro de Fomento, ha declarado esta tarde que la huelga de Peñarroya ha adquirido carácter gravísimo.

INCLATERRA

Mensaje de los marineros

Los obreros de la marina mercante inglesa no están de acuerdo con la guerra sin indemnizaciones que los rusos proponen.

Londres 8.—La Unión de marineros y fogoneros británicos ha enviado un despacho al Consejo de Soldados y Obreros que funciona en Petrogado, haciéndole saber que se negarán a trabajar a bordo de los buques que conduzcan delegados socialistas a Estocolmo o a la capital rusa, al menos que estos representantes se comprometan a incluir en las condiciones de paz la obligación de indemnizar a las familias de los marinos que perecieron víctimas de la campaña submarina.»

Bueno es el baile de los socialistas, que están metiendo ruido en todas partes. Queremos creer que estos líos, ideas e intereses encontrados, pueden solamente tener solución por acción directa de los mismos obreros y soldados. Nada harán los delegados socialistas por la paz si los soldados resuelven combatir todavía y si los obreros persisten en fabricar municiones. La ambición de mandar, de representar, de dirigir de los socialistas ha de ocasionar grandes sorpresas. Sólo del lado ruso hay algo; pero en el resto de la Europa en guerra, no vemos claro.

Balance del núm. 32 de EL HOMBRE

SALIDAS

A la imprenta (1100 ejemp.)	$	18.00
Estampillas	»	1 58
Tren.	»	0.60
Tinta	»	0.04
Correspondencia multada. .	»	0.04
Kerosene	»	0 22
Déficit del núm. 31. . . .	»	26.98
Suma	$	47.46

ENTRADAS

Por paquetes y venta de ejemplares	$	3.75
Suscripciones	»	11.05
Venta «Luz y Vida» (Cerro), números 31 y 32.	»	7.24
C. de E. S. «Ciencia y Progreso» (Filadelphia). . .	»	2.55
Del Centro de E. S. del Paso del Molino.	»	29.85
C. Lema.	»	0.20
Suma	$	54.64

RESUMEN

Entradas	»	54.64
Salidas	$	47.46
Superavit que pasa al N.º 33.	$	7.18

Notas Administrativas

C. de E. S. «Ciencia y Progreso», Filadelphia, (Estados Unidos de N. A.)—Recibimos 3 dólares, por los que dieron $ 2.55 moneda uruguaya. Aumentamos paquete.

«La Batalla», Valparaíso (Chile).—¿No recibieron carta nuestra, junto con los clichés? Esperamos contestación. El suscriptor que nos mandan, ya estaba anotado.

Grisolía, Alcorta (R. A.)—Recibimos un nacional. Paga hasta Junio.

C. de E. del P. Molino.—Recibimos $ 29.85, mitad del beneficio de vuestra rifa.

Boycott a La Tribuna Popular"

vergüenza del periodismo uruguayo